

millia iba a algún mercado, las gentes se detenían para ver pasar los coches, los caballos, las bicicletas que llevaban a aquella gente dichosa entre risas y gritos que expresaban su salud y su alegría. Y otra vez, después de pasar esos dos años, Mariana tuvo una nueva hija que se llamó Margarita. El parto fué feliz, pero tuvo luego una fiebre puerperal que dificultó la subida de la leche, lo cual, por un momento, le hizo temer que no pudiera amamantar a la pequeña como había criado a los otros. Cuando Mateo la vió levantada y sonriente, con su pequeñuelo en brazos, la abrazó apasionadamente, triunfante a pesar de todas las penas y todos los dolores. Un hijo más, más riqueza y mayor poder, una nueva fuerza obrando sobre el mundo, otro campo sembrado para mañana. Era aquella la grande, la buena, la eterna obra de fecundidad cumplida por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción, creando subsistencias a cada nuevo hijo, amando, queriendo, luchando, trabajando a través del sufrimiento, buscando sin cesar, más vida, y esperanza más cierta.

### V

Pasaron dos años más. Mateo y Mariana tuvieron otro hijo, un niño. Y también, a medida que crecía su familia, aumentó la extensión de tierras que cultivaban, adquiriendo todos los páramos que había al Este, hacia la aldea de Vieux-Bourg. El último lote de tierras era suyo. La propiedad comprada por Seguín, el proveedor del ejército, había pasado a manos de Mateo. Y al ser de otro pro-

pietario, las tierras habían sufrido una transformación enorme: una fertilidad sin ejemplo sucedía a una pobreza indecible; las malezas se transformaban en espigas, las charcas en canales de riego. No quedaba sino aquella cufia que formaba la propiedad de los Lepailleur y que parecía una mancha, una deshonra. Era la conquista invencible de la vida, de la fuerza, venciendo todos los obstáculos, creando sin cesar nuevas existencias, afirmando la fortaleza de las que ya existían, infundiendo en las venas del mundo mayor alegría y más energía y fuerza. Blas, que tenía ya una niña de diez años, habitaba en la fundición y ocupaba el pabelloncito que meses atrás ocuparan sus padres y en el que su madre había dado a luz a Gervasio. Carlota, su mujer, se hizo querer de los Beauchéne por su amabilidad y por su alegría juvenil, hasta el punto de ser Constantancia la que le pidió que fuera a vivir cerca de ella. La verdad es que la señora Desvignes había conseguido que Carlota y Marta fueran dos muchachas encantadoras. Sabiendo que carecían casi por completo de dote, procuró que, por lo menos, tuvieran una educación y una instrucción que no dejaran nada que desear, pensando que aquello podía facilitar su matrimonio. Como vivían en una casita cerca de Jonville, muy pronto se establecieron relaciones amistosas con los Froment, y cuando Blas se hubo casado con Carlota, su hermana Marta se convirtió en la amiga inseparable de Rosa Froment. Carlota, que era muy estudiosa y reflexiva, aprendió dibujo con verdadera afición y llegó a pintar miniaturas muy hermosas, teniendo así un medio de hacer frente a cualquier catástrofe, si acaso ocurría. Sin duda, Constantancia apreció a Carlota, la cual le pidió un medallón con su miniatura, a causa de su

educación esmerada, que siempre asombra e impone a los burgueses. Blas, que heredara de los Froment la llama creadora, la afición al trabajo, fué, al cabo de muy poco tiempo, un precioso auxiliar para Mauricio.

Este fué quien, encantado de las buenas cualidades de su primo, insistió en que fuesen su esposa y él a habitar el pabellón, y como Constancia no podía oponerse a la voluntad de su hijo, accedió gustosa. Veneraba materialmente a su hijo, que había hecho brillantes estudios, y como el chico era reconcentrado y poco amigo de hablar, creía Constancia que esto era señal cierta de que su hijo era un genio cuyos actos llenarían de admiración al mundo. Aun no tenía quince años, cuando ya decía de él: «Es un gran cabeza». Blas no era, no podía ser para ella sino el servidor inteligente, el lugarteniente listo que ejecutaba las órdenes de su jefe. Ahora le veía fuerte y sabio, trabajador y enérgico, dispuesto a rehacer y decuplicar la fortuna comprometida por su padre, dispuesto a adquirir la posición soñada, la riqueza incalculable, que anhelaba para aquel hijo único. Entonces estalló la tempestad y cayó el rayo. Iba una mañana Blas a tomar órdenes de Mauricio, cuando supo por Constancia misma que no se levantaría, a causa de sentir un gran cansancio, después de haber pasado mala noche. Su madre no se asustó por lo tanto, pensando que aquello provendría de las fatigas excesivas que se imponía Mauricio. Este había cometido la imprudencia de permanecer largo rato bajo un cobertizo con la cabeza descubierta y bañado en sudor, durante todo el rato que duraron las pruebas de una máquina. Por la noche se declaró una fiebre intensa y envió a buscar a Boutan a toda prisa. Al día siguiente, alarmado de los rápidos progre-

sos del mal, quiso una consulta. Los tres médicos se pusieron pronto de acuerdo. Aquello era una tisis galopante de carácter infeccioso que, arraigando en un terreno propicio, producía estragos inauditos. Beauchéne estaba ausente, como de costumbre. Constancia, a pesar de la cara desolada de los médicos, no quería comprender que su hijo estuviera en peligro. No podía imaginar que su hijo único, su dios, su ídolo, necesario a su propia vida, pudiese morir. Dos días después moría entre sus brazos en los momentos en que Beauchéne, avisado por un telegrama, entraba en la habitación. No era, en suma, sino la postrera descomposición de una sangre burguesa, echada a perder en el manantial; la brusca desaparición de un pobre sér mediocre y enfermizo desde la niñez a pesar de sus apariencias de robustez. ¡Qué tremenda lección, qué dolor tan horrible para los padres! El heredero único, el príncipe de la industria que habían anhelado, pasaba como una sombra, y la realidad apareció brutal detrás de ella. En un momento su hijo pasó de vida a muerte, desapareció para siempre. Blas estaba en el cuarto mortuorio cuando Mauricio expiró, y en cuanto pudo, transmitió la noticia a Chantebled, enviando un telegrama. A las nueve de la mañana, Mariana, que estaba en el patio de la granja, llamó a su marido, pálida y trastornada.

—¡Mauricio ha muerto; Dios mío! ¡Pobre gente! Quedaron absortos y apesadumbrados. Apenas sabían ya la enfermedad, cuando ya llegaba la noticia de la muerte.

—Voy a vestirme y tomaré el tren de las diez —dijo Mateo;—es preciso ir a verles.

Mariana, aun cuando estaba en meses mayores, quiso ir también. Deseaba dar una prueba de la afección que sentía por sus primos, que tan bien

se habían portado con Blas, Además, sentía verdaderamente aquella catástrofe. Después de dar las órdenes convenientes para los trabajos del día, tomaron en Jonville el tren de las diez y cuarto. Cuando ya el tren había echado a andar, reconocieron a los Lepailleur, que iban a París con Antonio. Cuando les vió a los dos con traje de ceremonia, el molinero les preguntó si iban a una boda. Cuando supo que se trataba de un duelo, les respondió:

—No importa; cuando se sale de casa, resulta una distracción.

Después de la completa victoria de Mateo, y de ver su propiedad fértil y en plena producción, Lepailleur trataba con consideración a aquel burgués. A pesar de todo, y de que no podía negar los resultados que tenía a la vista, continuaba sin embargo burlándose sordamente de todo aquello, esperando que un día u otro ocurriría un cataclismo y se vendría todo abajo. No quería confesar que se había equivocado, y repetía que llegaría ocasión en que se vería si estaba en lo cierto al afirmar que la tierra es una madrastra sin entrañas. Por otra parte, se consideraba vengado viendo que sus propios campos, aquellos que formaban una especie de cuña entre los de Mateo, continuaban yermos.

—Nosotros también vamos a París—añadió con su sorna habitual.—Vamos a colocar a este señor.

Y señalaba a su hijo, un mocetón de dieciocho años, de pelo rojo, que tenía la cara larga de su padre, sembrada ya de algunos pelos de barba. Iba vestido como un señorito, con sombrero de copa, guantes oscuros y corbata azul. Después de admirar a Jonville por su aplicación, demostró tal repugnancia por todo trabajo manual, que su padre se decidió a hacer de él un parisién.

—¿Está ya decidido en definitiva?—dijo Mateo con amabilidad.

—Sí; ¿qué quiere usted que haga en esta tierra? Ni mi padre ni yo hemos podido ahorrar un céntimo con ese endiablado molino que no sirve para nada, porque los campos producen más gujarros que doblones. Puesto que ha estudiado tanto, que vaya a París y se convierta en un caballero. No hay como una gran ciudad para eso.

La señora Lepailleur, que no se cansaba de mirar y de admirar a su hijo como antes a su marido, dijo:

—Sí, sí; tiene una plaza de escribiente en casa del procurador Rousselet. Le hemos alquilado un cuartito, con muebles y ropa blanca, suyos. Hoy es un gran día; ya dormirá en su casa después de haber comido los tres en un buen restaurant. No puede usted figurarse cuán contenta estoy.

—Quizá llegue a ministro—dijo Mateo sonriendo.—¡Quién sabe!

Era el éxodo de las campiñas hacia las ciudades: la fiebre impaciente de una fortuna rápida; los padres mismos aplaudiendo y acompañando al tráfuga, movidos de la esperanza vanidosa de subir un escalón en la sociedad. Lo que hacía sonreír a Mateo, que de burgués habíase convertido en labrador, eran esas idas y venidas que hacían que el hijo del labrador fuera a París, a la gran ciudad, cuando él, ciudadano, volvía al seno de la tierra, la gran madre, fuente de esperanza y de fuerza. Antonio se echó a reír con su aire de perezoso burlón, enamorado de la vida de crápula de París.

—Le aseguro que no tengo ganas de ser ministro. Es un oficio muy pesado... Preferiría ganar en seguida un millón para poder empezar a descansar.

Los Lepailleur soltaron la carcajada, encantados de tanta viveza. A buen seguro que el chico iría muy lejos. Mariana, silenciosa y triste por la catástrofe que había sabido, no contestó una palabra; únicamente preguntó por qué no habían llevado con ellos a Teresa. Lepailleur contestó secamente que no haría sino estorbarles. Añadió que aun cuando no hubiera venido al mundo, maldita la falta que hacía. Mariana dijo que pocas veces había visto una niña tan lista y bonita, y entonces la Lepailleur contestó:

—En verdad que la chica es lista, pero ya sabe usted que a las niñas no se las puede enviar a París para que se ganen la vida, y precisa casarlas, y esto cuesta dinero. Pero no hablemos más de eso, ya que hoy todos estamos contentos.

En París, a la salida de la estación del Norte, se separaron las dos familias, perdiéndose entre la oleada de las gentes.

Cuando el coche se detuvo en el muelle de Orsay, frente al hotel de los Beauchéne, Mateo y Mariana reconocieron el cupé de los Seguín. Detrás de los cristales, calladas y quietas, vieron a las dos hijas, Lucía y Andrea, con trajes claros, que esperaban. Al aproximarse a la puerta, salía por ella Valentina, como quien tiene mucha prisa. Cuando vió a Mariana y a su marido, adoptó un continente serio y triste, y dijo:

—¡Qué terrible desgracia! ¡Su único hijo!

Luego soltó un torrente de palabras.

—Venís también a verlos, es natural... He sabido la catástrofe por casualidad hace una hora apenas, cuando me vestía para ir a una misa de casados, de una prima de nuestro amigo Santerre. Aunque la misa era a las once, no he vacilado en venir aquí antes de ir a la iglesia. Ahora qui-

zá lleguemos tarde. Ya verán ustedes qué lástima causan Beauchéne y la pobre Constanca.

Mateo la miraba sorprendido al ver que no envejecía, a pesar de la vida de continuas diversiones que llevaba. Sabía la desorganización del matrimonio, a causa de tener con Seguín continuas relaciones de negocios. Seguín vivía abiertamente con Nora, la antigua institutriz que se había hecho amueblar un hotelito después del escándalo que ocurrió años antes. La última cita que dió a Mateo para firmar la venta definitiva y total del dominio de Chantebled, fué en casa de su querida. Gastón había entrado en la escuela de Saint Cyr, y Valentina vivía con sus dos hijas en su lujoso palacio.

—Tengo ganas—añadió,—de que Gastón pida permiso para asistir al entierro, pues temo que su padre no esté mañana en París. Ha ido al campo, lo mismo que nuestro amigo Santerre... ¡Ah! no solamente se marchan los muertos, sino que son muchos los vivos que se alejan y desaparecen... ¡La vida es bien triste, señora!

Pasó por su rostro como un estremecimiento, producido por la amenaza de una ruptura próxima que preveía desde algún tiempo a aquella parte. Hizo un gesto de resignación y añadió:

—Cúmplase la voluntad de Dios.

Mariana, que cambiaba una sonrisa con las dos niñas que estaban en el cupé, dijo:

—¡Qué altas y hermosas se han hecho! Andrea es preciosa... ¿Qué edad tiene Lucía? Ya parece que está en disposición de casarse.

—¡Oh!—exclamó Valentina,—que no la oiga, la haría llorar. Tiene diecisiete años, pero para eso, es como si tuviera doce. ¿Creerá usted que esta mañana lloraba y se desesperaba diciendo que no quería ir a esa misa y que la idea de presenciar

un matrimonio la pondría enferma? Andrea, que no tiene más que trece años, es mucho más mujer que ella. Pero es una tontuela, y a fuerza de ser obediente, amable y cariñosa, resulta tan empalagosa como la otra.

Daba ya la mano a Valentina para subir al coche, cuando advirtió que ésta estaba embarazada.

—¡Qué tonta soy! ¡No le he preguntado a usted siquiera cómo está! Ya debe usted estar de ocho meses, ¿no es verdad? Con este tendrá usted ya once hijos. ¡Ah! esas pobres gentes que va usted a ver arriba no son como ustedes. ¡Cuán vacía y solitaria van a encontrar su casa!

Cuando el coche hubo arrancado, Mateo y Mariana pensaron que antes de subir quizá sería bueno que pasaran a ver sus hijos. Pero ni Blas ni Carlota estaban en el pabelloncito, y únicamente se hallaba en él la criada con la niña. La señora había dado la orden de que a las doce le subieran la niña para darle el pecho, a fin de no perder ni un minuto. Mateo extrañó aquello y la criada dijo que la señora había tomado su caja de colores y que creía que retrataba a Mauricio en su lecho de muerte. Atravesando el patio de la fundición, Mateo y Mariana sintieron oprimírselos el corazón al oír el silencio de tumba que reinaba en aquella fábrica tan animada habitualmente. La muerte pasó bruscamente, y toda aquella vida activa se detuvo de golpe.

Las máquinas estaban frías y mudas, los talleres silenciosos y desiertos. Ni un ruido, ni una persona, ni un soplo siquiera de aquel vapor que parecía el aliento mismo de la casa. Muerto el amo, moría también la fundición. Y su angustia creció cuando desde el patio pasaron al hotel a través de aquella gran soledad y de las puertas abiertas de par en par como las de una casa

inhabitada, abandonada desde mucho tiempo. El mismo salón les pareció desierto y vacío, con los transparentes de muselina completamente corridos, y los sillones puestos en círculo como en los días de recepción. Al cabo halláronse enfrente de una sombra, de una figura indecisa, que estaba de pié en medio del salón. Era Morange, descubierta la cabeza, de levita, que llegó apenas supo la triste nueva, con el mismo aire correcto con que acudía al escritorio. Parecía estar en su casa, y estaba verdaderamente transformado por aquella muerte impensada que debía recordarle la muerte abominable de su hija. Su herida brotaba sangre de nuevo, estaba lívido, y tan trastornado, que causaba lástima. Cuando hubo reconocido a los que entraban, se acercó a ellos y dijo con voz ronca:

—¡Ya lo ven ustedes, qué horrible desgracia!

Les estrechó la mano y les explicó en voz baja que la señora, desesperada, estaba en sus habitaciones, en tanto que Beauchéne y Blas se ocupaban de los detalles precisos para el entierro. Con un gesto les indicó el cuarto vecino, cuya puerta estaba abierta de par en par.

—Está allí, en la cama donde ha muerto. De han puesto muchas flores; entren ustedes si quieren.

Efectivamente, aquel era el cuarto de Mauricio. Habían cerrado las ventanas de manera que la obscuridad era completa. Cuatro cirios brillaban junto a la cama, iluminando con una claridad suave el rostro del difunto, muy blanco, muy tranquilo, con los ojos cerrados como si durmiera. No había cambiado, y únicamente tenía el rostro demacrado, afinado por el rayo que le hiriera. Tenía entre las manos un crucifijo. Una verdadera lluvia de flores cubría la cama, y su olor,

mezclado al de los cirios, resultaba sofocante en aquel cuarto donde reinaban aquel trágico silencio y aquella inmovilidad absoluta. En aquella semiobscuridad, de la que se destacaba únicamente la cama, ni un soplo movía la llama alta y recta de los cirios. Cuando Mateo y Mariana hubieron entrado, advirtieron cerca de la puerta, detrás de un biombo, a su nuera Carlota, que, sentada, iluminada por una lámpara, con un cartón sobre las rodillas, tomaba un apunte del cadáver. Había cedido a los ruegos desesperados de la pobre madre, a pesar de la repugnancia que le inspiraba la fúnebre tarea. Desde tres horas antes estaba allí, trabajando sin descanso, procurando acertar, un poco pálida, pero muy linda, y con un brillo extraordinario de juventud y vigor.

Cuando Mateo y Mariana se acercaron, no les guiso hablar, y se contentó con hacerles un signo con la cabeza. Pero su rostro se coloreó algo y sonrieron sus ojos, y cuando después de contemplar durante unos momentos el cadáver, volvieron los esposos al salón, continuó ella trabajando, copiando las facciones del muerto, que se destacaban entre las rosas y los cirios. En el salón, Morange iba y venía con su aire de sombra extraviada. Mateo permaneció en pie en tanto que Mariana, a la que su estado no permitía grandes fatigas, se sentaba cerca de la puerta. No pronunció ni una palabra en aquella sala invadida por el silencio y las tinieblas. Al cabo de unos diez minutos, entró una nueva visita, una señora y un caballero, que no reconocieron de pronto. Al ver que la señora no dejaba de la mano al caballero, acompañándole como a un ciego, para que no tropezara con los muebles, reconocieron a los Angelín. El año anterior habían vendido su casita de Jonville y fuéronse a París. Había caído sobre ella

otra desgracia, la pérdida casi completa de su fortuna, que naufragó en la quiebra de una gran casa de banca.

La señora, que buscó colocación, había sido nombrada delegada de la Asistencia Pública; era una de esas señoras que visitan a los necesitados a quienes se ha socorrido, a los niños, a los enfermos y después hacen una relación escrita de cuanto han visto. Aquella ocupación era de su gusto y hallaba un consuelo en poder socorrer a las pobres gentes. En cuanto al marido, peor cada vez de la vista, había caído en un marasmo, en una atonía desconsoladoras. Paso a paso, como si se hubiese tratado de un ciego, la señora Angelín le acompañó hasta un sillón cercano al de Mariana y allí se sentó el desdichado. Conservaba su arrogante apostura de mosquetero; pero en su cara había dejado la inquietud profundas huellas, y tenía el pelo blanco a los cuarenta y cuatro años. ¡Qué recuerdo tan triste el de aquella mujer que acompañaba a aquel ciego, para los que habían conocido aquellos dos seres jóvenes y llenos de belleza y juventud y vida, que discurrían por los senderos de Jonville cantando el himno eterno del amor! Cuando estrechó la mano de Mariana, muy trastornada, no pudo sino decir: — ¡Dios mío! ¡Qué horrible desgracia; su único hijo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y no quiso sentarse antes de haber entrado a ver al difunto. Cuando salió, ahogaba con el pañuelo sus sollozos y cayó abrumada sobre un sillón, entre Mariana y su marido, que continuaba inmóvil, con los ojos fijos en el vacío. El silencio reinó de nuevo en aquella casa desolada, a la que no subía el ruido de la fundición, desierta, helada, extinta. Al cabo apareció Beauchéne seguido de Blas.

Parecía haber envejecido diez años bajo aquel golpe que acababa de herirle. Fué como si bruscamente el cielo le hubiese caído sobre la cabeza. Jamás había pensado, en su egoísmo, que pudiese ocurrir un cataclismo parecido. Nunca había querido creer que Mauricio pudiese estar enfermo, porque aquello parecía la negación de su propia fortaleza. Créase por encima de toda catástrofe, imaginaba que la desgracia no se atrevería con él. Durante los primeros momentos quedó débil y aplastado como una mujer, y sollozó como un niño ante su hijo muerto, pensando en el anquilamiento de todas sus vanidades y en la falsedad de todos sus cálculos. El rayo había caído y nada quedaba en pie. En un momento quedaba tronchada su vida, y el mundo le parecía triste y vacío. Estaba pálido, aterrado, con los párpados pesados y enrojecidos por el llanto. Cuando vió a los Froment, redobló su dolor, y fué a su encuentro con los brazos abiertos, tropezando, desgarrado el pecho por hondos sollozos.

—¡Ah, amigos míos! ¡Qué horrible desgracia! ¡Yo que estaba fuera!... Cuando llegué, había perdido ya el conocimiento y no me reconoció... ¿Es posible? ¡Un chico tan robusto! Me parece un sueño, creo que se va a levantar y a bajar conmigo a los talleres.

Le abrazaron afectuosamente y sintieron infinita compasión por aquel hombre que al volver de sus bacanales se encontró herido con aquella catástrofe, mal disipados quizás todavía los vapores del vino que bebiera en alegre compañía.

También estrechó entre sus brazos a los Angehn, aun cuando apenas los conocía.

—¡Qué golpe, amigos míos, qué golpe tan terrible!

Blas se apresuró a saludar a sus padres. A pesar

de la horrible noche que pasara y del pesar que sentía, sus hermosos ojos no parecían fatigados, ni ajado su rostro juvenil. Sin embargo, corrían todavía lágrimas por sus mejillas, pues se había hecho muy amigo de Mauricio a fuerza de trabajar continuamente a su lado. De nuevo quedaron todos silenciosos. Morange, como si hubiera estado solo, paseábase lentamente por la habitación, como si fuera un sonámbulo. Beauchéne salió un momento y luego volvió a aparecer llevando en la mano unos índices. Se sentó ante una mesa que habían sacado del cuarto de Mauricio y trató de aturdirse y distraerse repasando aquellos índices para hacer la lista de las invitaciones que tenían que mandarse.

Pero sus ojos se nublaron y llamó a Blas, que de pie junto a la mesita dictaba en voz baja los nombres. Desde entonces, en aquel cuarto silencioso, se oyó un ligero murmullo, acompasado y monótono. Los minutos transcurrían lentamente. Los visitantes esperaban a Constancia. Una puerta de comunicación que había en el cuarto del muerto, se abrió lentamente, y Constancia entró sin ruido, sin que nadie advirtiera su presencia. Era un espectro que salía de la sombra para entrar en la claridad que despedían los cirios. No había llorado aún, y tenía el rostro lívido, contraído por una rabia fría. Como levantada por una furiosa rebelión, su pequeña talla, lejos de doblarse, se erguía y parecía crecer bajo la injusticia del destino. Aquella catástrofe no era para ella una sorpresa, aun cuando momentos antes de la muerte no quisiera creerla. Durante meses y meses, había sentido en el fondo de su corazón y su inteligencia temores y avisos que no había querido confesarse a sí misma, y que ahora estallaban de un modo tan evidente como terrible.

De repente comprendió aquellos estremecimientos que la asaltaban de cuando en cuando, que venían de lo desconocido, y que le helaban de terror y la predecían que no tendría otro hijo. Los temores acababan de realizarse; la catástrofe se había cumplido. El destino se mostraba inexorable, y hacía que ese hijo único, ese futuro príncipe de la industria fuera barrido por el viento de muerte, como las hojas secas son barridas por el huracán. Era aquello el hundimiento sin esperanza, la catástrofe que lo absorbe todo, el final del final. Se aproximó a Carlota, mirando el afilado perfil de su hijo muerto. No lloraba. Lentamente, se empapaba del espectáculo doloroso, grabando la imagen en sus ojos y en su cerebro, y luego miraba el dibujo, como para ver lo que le restaría de aquel cuerpo adorado cuando le tragara la tierra. Carlota, al sentirlo cerca de sí, se estremeció. Había sentido miedo. Ambas se miraron sin hablar, y la madre sintió que el corazón se le saltaba del pecho al ver junto a la muerte, que tan de cerca la hería, la vida, representada por aquella joven linda, robusta, sana. Constancia sintió en aquel momento otro dolor. Lo produjeron las palabras pronunciadas en la sala y que llegaban distintamente a sus oídos. La señora Angelín decía:

—La pobre parece que adivinaba lo que ahora sucede. La he visto adolorida e inquieta cuando le expliqué lo que me pasaba... Yo no tengo esperanza alguna; pero usted, señora, espero que llegará a la docena.

Mariana contestó:

—Creo que no. El duodécimo no llegará. Tengo cuarenta y un años. Ya he cumplido como mejor pude. Ahora les toca a mis hijos y a mis hijas.

Constancia se estremeció, sacudida por un acceso de aquel furor que secaba sus lágrimas. Al hurtadillas veía aquella mujer que tenía diez hijos y que iba para el undécimo, que en potencia llevaba en su vientre abultado. La veía joven, sana, alegre, robusta, de salud y de esperanza. En tanto que ella perdía su único hijo, la otra estaba allí, junto al lecho de muerte, semejante a la diosa benéfica de las cosechas abundosas, de la fecundidad inagotable.

—Además —añadió Mariana sonriendo,—olvida usted que soy abuela.

Después prosiguió:

—¡He aquí lo que indica que he de retirarme de la vida activa!

Y con un gesto indicaba la puerta, por la que acababa de entrar la criada de Blas, llevando en brazos a su nietecita. La muchacha no se atrevía a entrar, sobrecogida por aquel silencio, por aquel recogimiento; pero la chiquilla, agitando sus manecitas, alegre y vivaracha, lanzó un par de gritos que fueron oídos por Carlota, la cual salió de la fúnebre estancia y pasó a una habitación cercana para dar el pecho a su hija.

—¡Qué mona es!—exclamó la señora Angelín.—¡Estos angelitos parece que alumbran cuanto miran!

Constancia quedó como deslumbrada. De repente, en aquel cuarto oscuro, iluminado únicamente por el reflejo de los cirios, en aquel salón silencioso, la niña había aparecido como una luz, como un soplo de fresca primavera que templaba los rigores del invierno, hermano de la muerte. Representaba aquella niña una promesa de vida no extinguida, la victoria de las madres fecundas; era el hijo del hijo; Mariana fecunda de nuevo

en la fecundidad del hijo. La llamaban abuela y sonreía. Era más bella y más majestuosa que nunca. El río que había nacido en su seno y de su seno, se engrosaba sin cesar, correría por prados y campos, creando vida, reproduciéndola. El hachazo era más doloroso para Constancia, pues comprendía que era el definitivo, el que secciona la planta de su raíz, cortando toda reproducción. Durante un momento permaneció aún en el cuarto donde reposaban los restos de su hijo. Luego pasó al salón, con su aspecto de sombra helada. Todos se levantaron, la abrazaron, y se estremecieron al contacto de aquellas frías mejillas, que no recibían ya calor de la sangre. Buscaban todos buenas palabras para consolarla; pero les detuvo con un gesto seco:

—Se ha acabado; ya lo sé; se ha acabado.

Pero le restaba un último golpe. Beauchéne, cuyos ojos llorosos no veían claro, tuvo que apartarse de la mesilla en que escribía, y dijo a Blas:

—Siéntate ahí; continúa.

Constancia vio cómo Blas se sentaba en el sitio que ocupaba su hijo, cómo tomaba la pluma con la que tantas veces escribió, cómo la mojaba en el tintero de costumbre, cómo ocupaba su sitio. ¡Era Blas, el primogénito de los Froment! Aun no estaba enterrado el pobre muerto, cuando ya un Froment le reemplazaba, lo mismo que las plantas vivaces, dotadas de fecundidad extraordinaria, se desarrollan en el lugar que ocupaban otras que murieron. Sintió la ola amenazadora de aquella vida exuberante que palpitaba a su alrededor, en demanda de la universal conquista. Las abuelas concebían aún; las hijas amamantaban; los hijos ocupaban los puestos de otros hijos. Y quedaba sólo ella, la madre sin hijo, acompañada únicamente por un indigno marido y por la

sombra de Morange, triste, inútil, consagrado al culto de los recuerdos. Ni un ruido subía de la fundición parada; también había sentido el soplo de la muerte. Al otro día, el entierro fué imponente, magnífico. Asistieron a él los quinientos operarios de la fundición; las notabilidades de la industria. El obrero más antiguo de la fundición, el tío Moineaud, llevaba una de las cintas del féretro. En el cementerio, Mateo quedó sorprendido al ver que le saludaba una señora anciana, que bajaba de un coche.

—Ya veo que no me conoce usted, amigo mío.

Hizo un ademán de excusa. Era Serafina, alta y delgada, pero tan ajada, tan envejecida, que parecía una vieja centenaria. Aun cuando ya se lo había dicho Cecilia, jamás creyera en una ruina tan rápida, en un anonadamiento tan completo. ¿Qué viento de ruina la había agotado?

—¡Ay, amigo mío! Soy más muerta que el pobre muerto que bajan a la fosa. Venga usted un día y hablaremos. Es usted el único hombre, el único confidente a quien puedo decir lo que me ocurre.

Bajaban el cuerpo. Crujían las cuerdas. Hubo un choque leve, el último. Beauchéne miraba con la vista apagada. Constancia, que había tenido el atroz valor de acudir al cementerio, soltaba el torrente de sus lágrimas, se desmayaba. Se la llevaron a su casa vacía, para siempre; semejante a uno de esos campos yermos, heridos por el rayo, que produce la esterilidad. La tierra se vengaba. En Chantebled, Mateo y Mariana creaban, fundaban, producían sin tregua. Durante los dos años que siguieron, quedaron de nuevo vencedores en el eterno combate de la vida contra la muerte.

El deseo fecundaba sus almas, el divino deseo,

alma de la existencia, les impelía a la procreación, y su energía acababa la obra, gracias a su salud, a su fuerza, a su actividad para la acción, para el trabajo, fabricante y regulador del mundo. Pero la victoria no la alcanzaron tampoco esta vez sin penoso esfuerzo. Según había cedido a Mateo, trozo a trozo, su propiedad entera, de la que el antiguo delineante era señor absoluto, gracias a su constante esfuerzo, a su voluntad jamás desmentida. La fortuna que el ocioso había disipado, pasaba por entero a manos del trabajador. Las bandas yermas, los bosques sin más aprovechamiento que las talas, las charquinas que ahora se habían convertido en terrenos fertilísimos, todo había pasado a sus manos. Únicamente la cuña que dentro de su propiedad formaban las tierras de Lepailleur, quedaba inculta. Mateo no había usurpado la parte de nadie, sino que había cultivado la suya, haciendo que aquel desierto de arena, aquellos bosques a medio talar, aquellas charcas insanas, se convirtieran en tierras feraces, en manantiales continuos de producción, extendiendo la zona de cultura del mundo, tan despoblado, tan mal cultivado todavía. En mitad de la granja había nacido y desarrolládose, con su movimiento, con su vida activa y poderosa. ¡Qué soberano poder representaban aquellos bosques, aquellas plantas, aquellas personas que de continuo acrecían su número y su esfuerzo! En presencia de aquella fecundidad vencedora, se secaban las lágrimas, se olvidaban las penas, pensando en la conquista, realizada, del porvenir, en los infinitos horizontes de vida que aparecían claros y esperanzados. En tanto que Mateo terminaba su conquista, Mariana, en aquellos dos años, tuvo la alegría de ver nacer una hija de su hijo Blas, cuando ella misma estaba preñada, próxi-

ma a parir. Era el árbol poderoso cuyas ramas empezaban a dibujarse para multiplicarse luego sin fin, como las de esas encinas centenarias que cubren con sus ramas gran extensión de tierra. Los hijos de sus hijos, los hijos de sus nietos, toda la descendencia cada vez mayor a través de las generaciones, toda la legión de los que habían de engendrar la vida futura, estaban ya en marcha. ¡Y con qué amor agrupaba aún junto a su seno fecundo, a los once de la nidada primera, a los que directamente habían nacido de ella, desde Blas y Dionisio, los gemelos, hasta el pequeño que bebía su sangre en su pecho! Había entre sus hijos algunos que ya eran hombres, alguno que ya era padre a su vez, y otros que iban a la escuela; muchachos como Ambrosio, Gervasio, Gregorio, Nicolás; niñas aptas ya para casarse, como Rosa, Clara, Luisa, Magdalena y Margarita, ésta que apenas andaba; todos juntos y alegres, llenos de vida y de esperanza. Era preciso verles lanzados a través del dominio, como una banda de potros jóvenes, siguiéndose unos a otros con un galope desigual, según la talla, desfilando por los cuatro puntos del horizonte. Sabía que no podría tenerlos a todos, como ahora, a su alrededor, y considerábase dichosa si en la hacienda podían quedar dos o tres, resignada a dejar que los menores, aquellos que no encontraban su puesto, se fuesen, algunos, muchos, en busca de nuevas conquistas. Se resignaba y, en cierto modo, se alegraba de ello, pues sabía que tal era la ley de la vida, la expansión necesaria y fatal, la tierra destinada a ser propiedad de la familia más numerosa. Blas, instalado en la fábrica desde hacía dos años pronto; sus hermanos partiendo para otras invasiones. Ya que sus hijos representaban el número, representaban también la fuerza; el

mundo sería suyo. Ellos mismos, a cada nuevo hijo que nacía, se habían sentido más fuertes. Cada hijo les había unido más, estrechando los lazos que no podían romperse. Si habían salido vencedores en todas las luchas, a pesar de todas las penas y tribulaciones, debíanlo a su amor, a su trabajo, a sus hijos, de cuyo porvenir debían cuidar. La fecundidad es la gran triunfadora que engendra los héroes pacíficos que conquistan el mundo, poblándolo.

Aquella vez, cuando Mariana dió a luz a un niño, Nicolás, el undécimo, Mateo la abrazó apasionadamente, sintiendo que una vez más había vencido, a pesar de todos los obstáculos, de todas las penalidades. Era un hijo más, más riqueza, fuerza más poderosa, que debía cumplir su acción en el mundo.

Era la buena, la grande, la santa obra, la obra de fecundidad renovándose por la tierra y por la mujer, vencedoras de la destrucción y la muerte, creando subsistencias para los nuevos hijos, amando, queriendo, luchando, trabajando sin descanso ni descorazonamiento, para alcanzar vida más robusta, esperanza más cierta.



## LIBRO QUINTO

### I

Poco a poco volvió a recobrar la fábrica su actividad perdida. Bajo el golpe terrible que lo aplastara, Beauchéne no salió ya, quedándose las primeras semanas en su lugar, como aniquilado, sin deseo ni voluntad propia. Parecía corregido, no mentía ya, no pretextaba continuos viajes impuestos por los negocios, sin más objetivo que saciar las bruscas acometidas y liviandades de mujeres, cuya juventud exasperaba aún más en él la necesidad. Había vuelto a su trabajo, se ocupaba de sus asuntos, bajaba de nuevo todas las mañanas a los talleres, donde era ayudado eficazmente por Blas, un lugarteniente aplicado, activo, sobre quien descargaba más cada día los trabajos más pesados de la fábrica. Lo que más llamaba la atención de todos, no era solamente el cambio brusco de conducta observado en Beauchéne; lo que causaba verdadera sorpresa, era